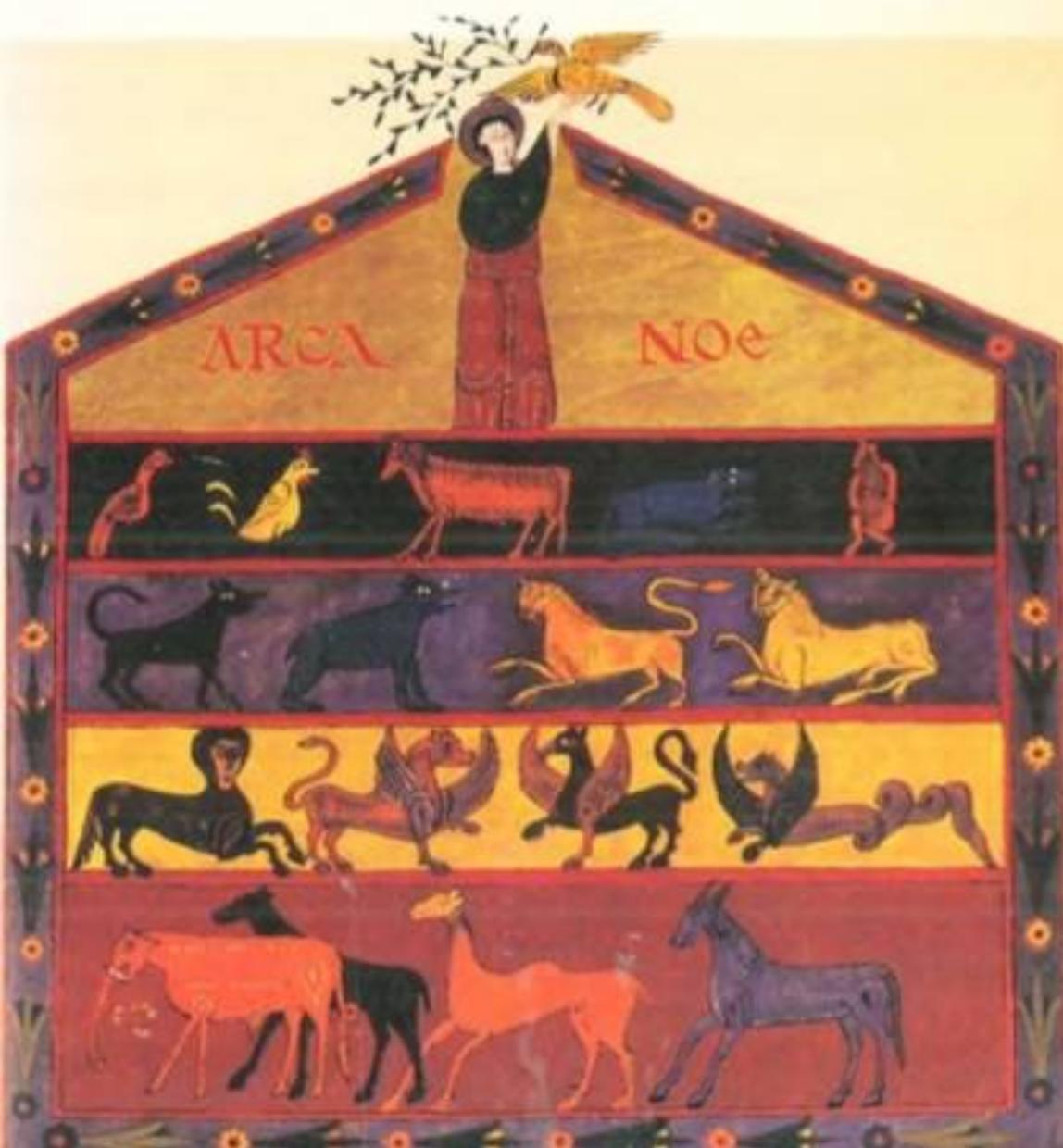


J.G. FRAZER

El folkllore en el
Antiguo Testamento



Una de las mayores figuras de la literatura antropológica es, indudablemente, *sir* James George Frazer, autor de *La rama dorada*, obra fundamental que apareció originalmente en doce volúmenes, y de la que el propio autor hizo un resumen magistral que ha tenido múltiples ediciones en todas las lenguas cultas del globo. La parte de ese trabajo prodigioso relativa especialmente a las narraciones y costumbres del Antiguo Testamento fue desgajada por *sir* James y estructurada en un volumen aparte que presentamos ahora a los lectores de nuestra lengua.

El autor reúne en este volumen relatos semejantes a los del Antiguo Testamento, que son parte del folklora de pueblos y naciones muy alejados de las tierras palestinas, y las presenta aquí para probar la universalidad de la experiencia psíquica que evocan estas narraciones. Por ejemplo, hay relatos del Diluvio Universal en por lo menos veinte diferentes culturas, ninguna de las cuales parece tener que ver nada con la de los antiguos hebreos.

La escritura de Frazer es extremadamente lúcida, y el lector gozará, además, de su excepcional elegancia expositiva.

INDICE GENERAL

Parte Primera

LAS EDADES TEMPRANAS DEL MUNDO

I. LA CREACIÓN DEL HOMBRE

II. LA CAÍDA

III. LA MARCA DE CAÍN

IV. EL DILUVIO

V. LA TORRE DE BABEL

Parte Segunda

LA EDAD PATRIARCAL

VI. LA ALIANZA DE DIOS CON ABRAHAM

VII. LA HERENCIA DE JACOB O LA ULTIMOGENITURA

VIII. JACOB Y LAS PIELES DE CABRITO, O EL SEGUNDO NACIMIENTO

IX. JACOB EN BET-EL

X. JACOB, JUNTO AL POZO

XI. EL PACTO HECHO SOBRE EL MAJANO

XII. JACOB, EN EL VADO DEL YABBOK

XIII. LA COPA DE JOSÉ

Parte Tercera

LOS TIEMPOS DE LOS JUECES Y LOS REYES

XIV. MOISÉS EN EL CESTILLO DE MIMBRES

XV. SANSÓN Y DALILA

XVI. EL HAZ DE LOS VIVOS

XVII. SAÚL Y LA PITONISA DE EN-DOR

XVIII. EL PECADO DE EMPADRONAMIENTO

XIX. LOS GUARDIANES DEL UMBRAL

XX. LAS ENCINAS Y LOS TERE BINTOS SAGRADOS

XXI. LOS LUGARES ALTOS DE ISRAEL

XXII. LAS VIUDAS QUE NO HABLAN

Parte Cuarta

LA LEY MOSAICA

XXIII. EL LUGAR QUE OCUPA LA LEY MOSAICA EN LA HISTORIA
DE LOS JUDÍOS

XXIV. NO COCERÁS EL CABRITO EN LA LECHE DE SU MADRE

XXV. LAS INCISIONES POR LOS MUERTOS

XXVI. EL BUEY QUE ACORNEABA

XXVII. LAS CAMPANILLAS DE ORO

Indice analítico

PARTE PRIMERA

LAS EDADES TEMPRANAS
DEL MUNDO

I. LA CREACION DEL HOMBRE

Los lectores atentos de la Biblia difícilmente pueden dejar de percibir la sorprendente diferencia que hay entre los dos relatos de la creación del hombre registrados en el primero y el segundo capítulos del Génesis. En el primer Capítulo leemos que el quinto día de la creación Dios creó los peces y las aves, las criaturas que viven en las aguas y en el aire; y que el sexto día creó los animales de la tierra, y después de ellos el hombre, al que hizo a su imagen y semejanza, tanto a él como a la mujer. De la narración deducimos que el hombre fue el último de los seres vivos de la tierra en ser creado, y de paso aprendemos que la distinción entre los sexos, característica de la humanidad, es compartida también por la divinidad, aunque el narrador no nos dice nada acerca de cómo se puede reconciliar esa distinción con la unicidad de Dios. Dejando a un lado ese problema teológico, quizá demasiado profundo como para que el hombre pueda comprenderlo, volvemos la atención al más sencillo aspecto de la cronología, y tomamos nota de las afirmaciones según las cuales Dios creó primero los animales inferiores, y los seres humanos después, y de que los seres humanos eran dos, un hombre y una mujer, aparentemente simultáneos, y que reflejaban en igual medida la gloria del original divino. Eso es lo que leemos en el primer capítulo. Pero cuando examinamos el capítulo segundo, nos desconcierta en gran medida encontrarnos con una versión completamente distinta y además contradictoria de los mismos e importantes acontecimientos. Nos hallamos aquí con la sorpresa de que Dios creó primero al hombre, a los animales inferiores a continuación, y por último, a la mujer, que no fue más que una idea tardía

de la divinidad y surgió de una costilla extraída al hombre mientras dormía. De un relato al otro se invierte claramente el orden de importancia. En el primero, Dios comienza con los peces y va ascendiendo de modo continuo a través de aves y animales de la tierra hasta llegar al hombre y a la mujer. En el segundo comienza con el hombre y desciende a través de los animales inferiores hasta llegar a la mujer, que parece representar el nadir de la creatividad divina. Y en esta segunda versión no se dice nada de que el hombre y la mujer hubiesen sido creados a imagen y semejanza de Dios. Se nos cuenta, simplemente, que «el Señor Dios formó al hombre del polvo del suelo, y le insufló en las narices aliento vital, y el hombre quedó constituido como ser vivo». A continuación, para aliviar la soledad del hombre, que erraba sin ninguna compañía viviente por el hermoso jardín creado para él, Dios hizo los demás animales, aves y bestias, y los puso junto con el hombre, aparentemente para que le sirviesen de diversión y le hiciesen compañía. El hombre los miró y les puso nombres; pero aún no estaba satisfecho con tales compañeros de juego, de modo que Dios, por fin, como medida desesperada, creó a la mujer sacándola de una parte insignificante del cuerpo masculino, y la presentó al hombre para que fuese su esposa.

Se explica con facilidad la flagrante contradicción por la circunstancia de que los dos relatos se derivan de dos documentos distintos y al principio independientes; después, combinados en un libro único por alguien que juntó las dos versiones sin preocuparse de suavizar o compaginar las discrepancias. El relato de la creación que figura en el primer capítulo procede de lo que se conoce como el Códice Sacerdotal, compuesto por miembros de la casta sacerdotal durante su cautividad en Babilonia o después. El relato de la creación del hombre y de los animales del segundo capítulo se deriva del llamado Documento Jahvista, escrito varios cientos de años antes que el otro, pro-

bablemente durante los siglos VIII o IX antes de nuestra era. La diferencia entre los puntos de vista religiosos de los dos autores es evidente. En el posterior, el escrito sacerdotal concibe a Dios de una manera abstracta, apartado de la conciencia humana y creador de todas las cosas mediante un simple *fiat*. En cambio, para el escritor más antiguo, o jahvista, Dios es algo concreto que habla y actúa a semejanza del hombre; que modela con barro una efigie humana, que planta un jardín, que se pasea por él cuando la tarde refresca, que dice al hombre y a la mujer que salgan de entre los árboles donde se han escondido, y que hace vestidos de pieles para reemplazar la ropa, harto escasa, de hojas de higuera con que nuestros avergonzados primeros padres trataban de ocultar su desnudez. La encantadora simplicidad, casi la alegría del primer relato contrasta con la elevada seriedad del último; aunque no deja de sorprendernos la vena de tristeza y pesimismo que corre bajo la representación, brillantemente coloreada, de la vida en la edad de la inocencia que el gran artista jahvista ha pintado para nosotros. Ante todo, apenas trata de ocultar el profundo desprecio que siente por la mujer. Lo tardío de su creación y la manera irregular y poco digna en que ocurre —a partir de un trozo de su amo y señor, después de haber sido creados los animales inferiores de manera decente y regular—, bastan para poner de relieve la mala opinión que el autor tenía de la naturaleza femenina; y en lo que sigue, su misoginia, como en justicia podemos llamarla, se intensifica todavía más, cuando atribuye las desdichas y tristezas de la especie humana a la crédula insensatez y los apetitos desenfrenados de su primera madre.

De los dos relatos, el más antiguo o jahvista es no sólo el más pintoresco, sino también el más rico en folklore, y conserva muchas características impregnadas de simplicidad primitiva cuidadosamente eliminadas por el escritor posterior. Por consiguiente, ofrece más puntos de compa-

ración con las historias de corte infantil con las que los hombres, en muchas épocas y naciones, han tratado de explicar el gran misterio del principio de la vida en la tierra. En páginas posteriores citaré algunos de estos sencillos relatos.

Parece que el escritor jahvista imaginó a Dios moldeando con barro al primer hombre, de la misma manera que lo haría un alfarero o un niño que hiciese un muñeco con tierra mezclada con agua; y que tras haber amasado y golpeado el barro para darle la forma pretendida, el Creador lo animó echando su aliento sobre la boca y las narices del muñeco, exactamente como se nos cuenta la forma en que el profeta Elíseo resucitó al hijo de la sunamita: tendiéndose sobre él, cubriendo con los suyos los ojos del niño y tocando con su boca la boca del niño, sin duda para insuflar el aliento en el cadáver; con lo cual, el niño estornudó siete veces y abrió los ojos. A los hebreos se les ocurrió con toda naturalidad que la especie humana procedía del polvo del suelo porque en su idioma la palabra correspondiente a «suelo» (*adamah*) tiene la forma del femenino de la palabra correspondiente a «hombre» (*adam*). A partir de diversas alusiones encontradas en la literatura de los babilonios se podría pensar que también éstos concibieron al hombre como hecho originalmente de un muñeco de arcilla. Según Beroso, sacerdote babilonio cuyo relato de la creación ha llegado hasta nosotros en versión griega, el dios Bel se decapitó a sí mismo, y los demás dioses recogieron la sangre que corría, la mezclaron con tierra, y con la masa sangrienta dieron forma al hombre, y de ahí – dicen – procede la sabiduría humana, porque el barro mortal se halla mezclado con sangre de la divinidad. La mitología egipcia cuenta que Khnoumou, padre de los dioses, formó en su rueda de alfarero a los hombres, y los hizo de arcilla.

También las leyendas griegas dicen que el sabio Prometeo formó de arcilla a los hombres en el Panopeo, en

Fócida. Concluida la tarea sobró parte del barro; mucho tiempo después aún se podían ver estos restos en el mismo lugar del suceso, en forma de dos grandes masas situadas al borde de una barranca. Un viajero griego que visitó el lugar durante el siglo segundo de nuestra era afirmó que las prominencias tenían el color de la arcilla y que olían fuertemente a carne humana. También yo visité la región, unos mil setecientos cincuenta años más tarde. Se trata de un vallecillo estrecho y desolado, o más bien de una cañada situada en la cara sur del cerro de Panopeo, por debajo de la larga línea de torres y muros en ruinas, pero, todavía imponentes, que corona las rocas grises de la cima. Era un día cálido de: finales de otoño –el día primero de noviembre– y, tras el prolongado verano sin lluvias de Grecia, la cañada se hallaba completamente seca; de sus laderas cubiertas de matorrales no rezumaba el agua, pero en el fondo encontré tierra rojiza y deleznable, reliquia quizás de la arcilla con la que Prometeo modeló a nuestros primeros padres. El lugar era solitario y desierto: no se veía ni un ser humano, ni señales de población humana; solamente la línea de torres y almenas desmoronadas que coronaba la cima del cerro hablaba de la vida animada desaparecida en un pasado remoto. El paisaje, al igual que tantos otros de Grecia, era apropiado para despertar en el ánimo de quien lo contemplaba el sentimiento de lo transitorio en la breve y agitada vida del hombre sobre la tierra, comparada con la permanencia de la naturaleza y, por lo menos, con su aparente tranquilidad y paz. La impresión que ejercía en mí se hizo más profunda cuando al aumentar el calor del día me tendí a descansar en la cima del cerro, bajo la sombra de unos hermosos robles, y me quedé contemplando el panorama distante, lleno de recuerdos del pasado, mientras perfumaba el aire el suave aroma del tomillo silvestre. Al sur asomaba, finamente delineado, el pico de Helicón, por encima de las bajas crestas interpuestas. Al oeste aparecía entre brumas la mole

maciza del monte Parnaso, cuyo flanco oscurecían los pinares como sombras de nube que sobre él se cerniesen; mientras que en sus estribaciones, gravitando por encima del profundo y estrecho valle, anidaban los muros de Daulis cubiertos de hiedra, muros cuya belleza romántica tan bien armonizaba con los amores y penas de Proene y Filomela, que asocian al lugar las leyendas griegas. Por el norte, al otro lado de la vasta llanura sobre la que se eleva el empinado y desnudo cerro del Panopeo, la vista se posaba en la brecha abierta entre las colinas que sirve de curso tortuoso al río Cefisos, sombreado por sauces grises, al pie de elevaciones desnudas y pedregosas, hasta que sus turbias aguas se pierden no ya en los vastos pantanos cubiertos de cañas del hoy desaparecido lago Copais, sino en una oscura caverna de piedra caliza. Al este, aferradas a las yermas pendientes de la cadena de montañas a la que pertenece el cerro Panopeo, se veían las ruinas de la antigua ciudad de Queronea, cuna de Plutarco. Allá lejos, en la llanura, se libró la batalla fatal que dejó a Grecia a los pies de Macedonia; allí, también, en épocas posteriores, se enfrentaron en lucha mortal Oriente y Occidente, cuando los ejércitos romanos mandados por Sila derrotaron a las huestes asiáticas de Mitrídates.

Tal era el panorama que se desplegaba ante mí en uno de esos días de finales del otoño, de esplendor casi patético, cuando el verano que se va parece demorarse con ternura, como si no se resignase a entregar al invierno las encantadas montañas de Grecia. Al día siguiente el cuadro ya era otro: el verano se había ido. Sobre los cerros que aún ayer brillaban esplendorosos al sol, se descolgaba la niebla gris de noviembre, y bajo su manto melancólico la muerta planicie de la llanura de Queronea, vasta extensión sin árboles encerrada entre laderas desoladas, despertaba en el ánimo un sentimiento de tristeza helada, apropiado a un campo de batalla en el que una nación había perdido la libertad.

No cabe duda de que concepciones tan rudas sobre el origen de la humanidad, comunes a griegos, hebreos, babilonios y egipcios, llegaron a los pueblos civilizados de la antigüedad por sus antepasados bárbaros o primitivos. Entre los pueblos salvajes y bárbaros de ayer o de nuestros tiempos, se hallan recogidas historias del mismo tipo. Así, por ejemplo, los negros australianos de las vecindades de Melbourne decían que Pund-jel, el Creador, cortó con su gran cuchillo tres grandes trozos de corteza de árbol. En uno de ellos puso arcilla y la amasó con el cuchillo hasta darle la consistencia deseada. Cogió entonces parte de esa arcilla y la puso sobre otro de los trozos de corteza y formó con ella una figura humana; hizo primero los pies, después las piernas, a continuación el tronco y los brazos, y por último la cabeza. De este modo hizo una figura humana de arcilla en cada uno de los otros dos trozos de corteza, y complacido con su trabajo danzó alegremente en torno a ellas. Luego arrancó largos y delgados trozos de corteza de eucalipto y con ellos hizo cabellos que pegó sobre las cabezas de las figuras de arcilla. Entonces las miró otra vez, le gusto su obra y de nuevo danzó alegremente a su alrededor. A continuación se tendió sobre ellas y les echó el aliento en la boca, en la nariz y en el ombligo; las figuras se movieron inmediatamente, hablaron y se pusieron en pie como hombres adultos. Los maoríes de Nueva Zelanda dicen que cierto dios, llamado indistintamente Tu, Tiki y Tane, tomó arcilla roja de las orillas de un río, la amasó con su propia sangre e hizo una figura o imagen parecida a él, dotada de ojos, brazos, piernas y todo lo demás, verdaderamente copia exacta de la divinidad; y tras haberla perfeccionado, la animó respirando en su boca y narices, con lo cual la figura de arcilla cobró vida inmediatamente y estornudó. De modo que, a semejanza de sí mismo, creó el dios maorí Tiki al hombre, al que llamó Tiki-ahua, que significa «semejante a Tiki».

En Tahití existía una tradición muy extendida según la cual la primera pareja humana fue hecha por Taaroa, el dios principal. Se dice que tras haber formado el mundo, el dios creó al hombre y lo hizo de tierra roja, que fue también alimento de la humanidad hasta la creación del árbol del pan. Además, algunos dicen que cierto día Taaroa llamó al hombre, nombrándolo, y que cuando acudió le hizo caer dormido. Mientras el hombre dormía, el Creador le extrajo uno de los huesos (*ivi*) y de él hizo una mujer, que entregó al hombre para que fuese su esposa, y esos fueron los progenitores de la humanidad. El relato fue recogido directamente de los labios de los nativos de Tahití durante los primeros años de las misiones. El misionero que lo registró, William Ellis, observa: «Siempre he pensado que se trataba de una mera repetición del relato bíblico de la creación que los aborígenes habrían aprendido de boca de algún europeo, y nunca le concedí importancia, aunque me aseguraron repetidas veces que se trataba de una tradición familiar entre ellos, anterior a la llegada de cualquier extranjero. Algunos me han dicho incluso que el nombre de la mujer era *Ivi*, cuya pronunciación aborígen es muy semejante a la pronunciación inglesa de Eve (Eva). *Ivi* es palabra de los nativos y sólo significa hueso, sino también viuda y víctima muerta en la guerra. A pesar de lo que digan los nativos, me siento dispuesto a pensar que *Ivi*, o Eva, es la única parte aborígen de la historia, en cuanto se refiere a la madre del género humano». Sin embargo, en otras partes de la Polinesia, además de Tahití, ha sido recogida la misma tradición. Así, por ejemplo, los aborígenes de Fakaofu o isla Bowditch dicen que el primer hombre fue creado a partir de una piedra. Pasado algún tiempo se le ocurrió hacer una mujer, de modo que recogió tierra y con ella formó la figura de una mujer, y una vez terminada se sacó una costilla del lado izquierdo y la clavó en el muñeco de barro, que cobró vida inmediatamente y se levantó. El hombre la llamó *Ivi* o «costilla» y la

tomó por mujer, y de esa pareja procede la especie humana. Se dice también que los maoríes creen que la primera mujer fue hecha de las costillas del primer hombre. Tan amplia difusión del relato en Polinesia hace dudar de que se trate, tal como pensó Ellis, simplemente de la repetición de lo que narra la Biblia, y de que hubiese sido aprendido de los europeos.

Sin embargo, por todas partes tropezamos con la historia de la creación de la primera mujer a partir de una costilla del primer hombre, y en formas tan parecidas a lo que relata la Biblia que resulta difícil considerarlas independientes de ella. Así, los karen de Birmania dicen que Dios «creó al hombre, ¿y de qué lo hizo? Creó primero al hombre de tierra, y terminó luego la creación. Creó a la mujer, ¿y de qué la hizo? Tomó una costilla del hombre y de ella hizo a la mujer». También los tártaros bedel, de Siberia, cuentan que Dios al principio hizo un hombre, que vivía solo sobre la tierra; pero en cierta ocasión, cuando ese ser solitario se hallaba dormido, el demonio le tocó en el pecho, del que surgió entonces una costilla que cayó al suelo, la cual aumentó de tamaño hasta convertirse en una mujer, la primera mujer. Como vemos, los tártaros han sido aún más cínicos de lo que fue el escritor del Génesis, pues han dado al diablo parte en la creación de nuestra madre común. Pero volvamos al Pacífico.

Los isleños de Pelew cuentan que un hermano y una hermana hicieron hombres de arcilla amasada con la sangre de algunos animales, y que el carácter de esos hombres primigenios y de su descendencia fue determinado por los de los animales cuya sangre había entrado en la mezcla original con la arcilla; por ejemplo, los hombres en los que hay sangre de rata serán ladrones, los que tienen sangre de serpiente son sinuosos, y los que tienen sangre de gallo son valientes. Según una leyenda de la Melanesia, oída en Mota, una de las islas Banks, el héroe Qat moldeó hombres con la arcilla roja de las riberas pantanosas

del río, en Vanua Lava. Al principio hizo iguales a los hombres y a los cerdos, pero sus hermanos se lo reprocharon, de modo que obligó a los cerdos a andar a cuatro patas e hizo en cambio que el hombre caminara erecto. Qat hizo a la primera mujer de ramitas flexibles, y cuando la vio sonreír supo que había hecho una mujer viva. Los nativos de Malekula, una de las Nuevas Hébridas, dan el nombre de Bokor al gran ser que amasó la arcilla para hacer con ella el primer hombre y la primera mujer.

Los habitantes de Noo-hoo-roa, de las islas Kei, dicen que sus antepasados fueron hechos de arcilla por el dios supremo Doadlera, que les insufló la vida. Según los to-radja que hablan bare'e, de las islas Célebes centrales, al principio de los tiempos no había seres humanos sobre la tierra. Entonces i Lai, dios del mundo superior, e i Ndara, diosa del mundo inferior, decidieron crearlos. Encomendaron la tarea a i Kombengi, que hizo dos figuras, una de un hombre y otra de una mujer, de piedra o, según otros, de madera. Una vez hecho el trabajo, las puso al lado del camino que conduce del mundo superior al inferior, de modo que los espíritus que por allí transitaran pudiesen ver la obra y criticarla. Por la noche los dioses hablaron de ella y estuvieron de acuerdo en que las pantorrillas de las dos figuras no eran lo bastante redondas. De modo que Kombengi se puso de nuevo a trabajar e hizo otro par de modelos que sometió también a la crítica divina. Esta vez los dioses convinieron en que las figuras eran demasiado barrigonas, por lo cual Kombengi hizo un tercer par de modelos, que mereció la aprobación de los dioses, una vez realizado un pequeño cambio en la anatomía de las figuras, por el cual el autor transfirió una pequeña porción de material del hombre a la mujer. Ahora lo que faltaba era dar vida a las figuras, de modo que el dios celestial Lai regresó a su mansión a buscar el aliento eterno para el hombre y la mujer; pero, mientras tanto, el Creador mismo, ya fuese por inadvertencia o por impaciencia, había